

# ***Todos éramos hijos, fragmento de novela***

María Rosa Lojo  
mrlojo@gmail.com

[La historia transcurre en la Argentina, en los comienzos de la década de 1970. Un grupo de alumnas del colegio del *Sacré Coeur*, en la sede de Castelar (donde enseñó la hermana Léonie Duquet), preparan la representación de la obra *Todos eran mis hijos* (*All my sons*), de Arthur Miller, junto con otros alumnos del colegio de curas de enfrente, en el marco de la efervescencia política contra la dictadura militar y el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo. La narración se desarrolla desde la perspectiva de una alumna: Rosa, a quien una estudiante norteamericana de intercambio ha puesto el apodo de *Freak* (castellanizado, *Frik*).]

V

—Este país está al borde de una guerra civil —había dicho su madre, doña Ana, una sobremesa de domingo, dos años atrás—. Así empezaron las cosas en España.

—Sí, pero al revés —había contestado su padre. Aquí los civiles se levantan contra un gobierno militar. Allí algunos militares se levantaron contra un gobierno elegido por el pueblo.

Acababa de suceder lo que enseguida llamarían “el Cordobazo”: obreros, estudiantes, sindicalistas, gente del común, unidos y alzados masivamente contra la policía del régimen, en la ciudad de Córdoba. *Frik* se alegró de que el tío Adolfo no hubiese regresado todavía de ningún viaje. De lo contrario hubiera dicho que, después de todo, el general Onganía era mejor que la avanzada comunista lanzada sobre América Latina por Fidel Castro. Su padre habría contestado que en el país no hacía falta ningún Castro para que la gente quisiera quitarse de encima a los militares. Y la pequeña fiesta del almuerzo hubiera muerto, sofocada bajo un silencio espeso.

Sus padres cambiaron pronto de tema. La Argentina les interesaba poco, pensaba *Frik* muchas veces, aunque habían levantado sobre ella una casa y habían tenido dos hijos. Quizá porque sobre la pampa nada duraba, porque el viento del sur se lo llevaba todo, aun lo más sólido, como si se tratase de espejismos. O porque nada era real ni permanente fuera del único lugar donde todavía quedaba alguien que pudiese reconocerlos tal como eran antes del gran tránsito que los había convertido en otros.

El año siguiente le traería a su madre nuevos motivos de alarma. La radio había anunciado primero el secuestro y luego la ejecución de Pedro Eugenio Aramburu. Esta vez no era el pueblo rebelde que marchaba como para tomar la Bastilla, sino un grupo, hasta entonces desconocido, que decía actuar en su representación: los Montoneros. Tenían sus argumentos: para muchos argentinos —acaso para la oculta mayoría de ellos— el general Aramburu era el asesino de un sueño colectivo, y sobre todo, era el ladrón de un

cuerpo sagrado, tanto más importante que la momia imperial de alguna remota e igualmente saqueada tumba egipcia.

Frik nunca había visto una foto o una estampa de Eva, la Desaparecida, en su casa o en las casas de sus amigas y compañeras. Estaban prohibidas, pero la razón no era esa. Ni sus padres, ni por lo general los padres de la clase media comerciante o profesional que enviaba a sus hijos al colegio al *Sacré Coeur* de Magdalena Sofía Barat, simpatizaban con el peronismo.

"Los 'compañeros' pasaron de visita por el taller" —solía contar Antonio— "¿Pero cómo no ha puesto los retratos de la Señora y del General?" "Si soy gallego, les digo, si ni siquiera voto". "No importa, compañero, insistieron. Cualquier buen trabajador tiene que mostrar en su lugar de trabajo las fotos de Evita y del General Perón". "Y ese fue el precio que pagué para que me habilitaran oficialmente el negocio. Dentro de todo salió barato" —se reía— "Peor lo hubiera pasado en España, en la cárcel o cantando *Cara al sol*. Perón se parecía a Franco, pero no lo suficiente. Menos mal. Era un comediante que sabía meterse al pueblo en el bolsillo." "Pero muy simpático" —acotaba doña Ana— "Tenía una hermosa sonrisa". Aunque callaba, ante su marido, la opinión de que también era un buen mozo, sobre todo con el uniforme puesto.

Antonio —pensaría Frik— consideraba, como lo solían hacer todos los socialistas, europeos o no, que Perón había comprado a los desposeídos con populismo folklórico y dádivas paternalistas, en vez de hacerlos conscientes de su propia fuerza. La distancia, con todo, le permitía la broma, lo había preservado del odio que, en cambio, aún atormentaba a otros. Algunos de ellos habían votado por el país culto, desarrollado y europeo que veían proyectarse en Illia o en Frondizi. Un país donde el más oscuro de los cabecitas negras podría ser blanqueado por los efectos de una educación ilustrada que lo haría abandonar automáticamente el culto jovial o supersticioso de San Perón y de la Jefa Espiritual de los argentinos. Los más brutalmente conservadores entendían más bien que era inútil desperdiciar esfuerzos educativos sobre los cabecitas peronistas o los cabecitas, a secas, ya que eran irredimibles o incorregibles, como alguna celebridad literaria no se privaría de dictaminar.

Sin embargo, en los últimos tiempos, Eva y Perón habían vuelto. Se hablaba de ellos —*sotto voce* o claramente— en lugares increíbles. Como en los colegios religiosos donde sus nombres, desde años atrás, estaban proscritos. Y con esos nombres habían llegado también conductas y apariencias antes inverosímiles. Los hábitos monjiles eran cada vez más sencillos desde el último Concilio, hasta que, simplemente, dejaron de usarse, aunque la grisura de las ropas, la longitud de las faldas y los mocasines chatos o los zapatos acordonados seguían identificando a las religiosas como una marca de fábrica. Algunas conservaban también un

corto velo (a la manera en que los curas llevaban el cuello *clergy*) sobre el pelo escondido.

Lo peor no era eso, con todo, para los padres francamente alarmados de muchas alumnas. El plantel directivo había dejado de vivir en la residencia conventual integrada a la escuela. Creían que su verdadero lugar ya no estaba detrás de los muros, ni solo frente a las aulas, consagradas exclusivamente a jovencitas que no habían pasado nunca hambre ni frío, que no pertenecían a la estirpe de los pobres entre los pobres, de los condenados de la tierra.

También los uniformes de las alumnas se habían simplificado, para felicidad de Frik. Las polleras tenían menos tablas y se habían borrado las alforzas de las blusas. Los guantes blancos ya casi no se veían, pero las monjas seguían siendo inflexibles con los toques de *rouge*, las medias de nylon, el desaliño o los peinados artificiosos. Y eso ya no tenía que ver con el ingenuo puritanismo de Sor Túnica. La Orden detestaba (y había detestado siempre) la frivolidad, y también la anarquía y el capricho.

Frik recordaba su escuela primaria como una época de riguroso disciplinamiento. Más allá de algunas laterales similitudes, no era ni carcelario ni castrense, sino más bien algo parecido al entrenamiento de los atletas. Su objetivo era promover en las alumnas sobre todo dos cualidades: la voluntad y la resistencia. Tantos años más tarde, aspirando junto a Lulú el olor a especias en *El Gato Negro*, Frik se preguntaría si acaso esa disciplina, entonces odiada por una niña imaginativa, no era, ya hecha carne, lo que la había salvado en las mayores catástrofes y desgarramientos de su vida, aunque hubiese abandonado desde la adolescencia sus formas exteriores, empezando por la caligrafía.

Angulosa, obstinada, esforzada, picuda, la cursiva del *Sacré Coeur* estimulaba (según su madre doña Ana, que había seguido estudios grafológicos) rasgos de carácter juzgados por la sociedad como poco femeninos: iniciativa, dominio, autocontrol, potencia. La educación, en lo intelectual, iba pareja: los exámenes no se llamaban así: exámenes, evaluaciones, pruebas, sino "competencias", y las había variadas: de lenguaje, de matemáticas, de historia, de religión. En un lapso señalado por tiempos estrictos de partida y de llegada, las aspirantes a atletas tenían que dar lo mejor de sí, exceder su propia marca y la marca de las demás. La vida misma era una lucha y una carrera de obstáculos. No estaba permitido, durante su corto o largo trayecto, "rebajarse a lágrima o reproche". Así eran las reglas. Se las aceptaba de entrada, con lucidez. Se las cumplía luego, con estoicismo, y a veces con cierto regusto triunfante.

Adiestradas y fortalecidas como boxeadores de élite para resistir los golpes de la adversidad, las alumnas del *Sacré Coeur* no habían sido autorizadas para tirar la toalla y no conocerían —

dentro de la escuela, al menos— ninguna educación sentimental. La autoindulgencia tampoco figuraba en el programa. No eran el centro del mundo y estaban colmadas de deberes, puesto que ya les habían sido dados, graciosamente, derechos que para otros eran inaccesibles. Por cada hoja de papel desperdiciada, o cada lápiz abusado por el sacapuntas, se les recordaba que millones de niños en la redondez de la tierra, no habían pisado jamás una escuela, y ni siquiera comían diariamente. Para esos niños se pedían contribuciones y oraciones, se juntaban y se vendían diarios, destinados a los centros misionales que la Sociedad del Sagrado Corazón sostenía y que la revista *Mitte me* ("Envíame"), mostraba en diversos puntos del planeta.

También en los últimos años esas misiones se habían vuelto más cercanas. Tenían nombres identificables, en las provincias argentinas, y algunas voluntarias de los cursos superiores iban en el verano para hacer visitas de trabajo. Ya no se hablaba de las criaturas menesterosas de la India o de la China, sino de las que habitaban en el llamado "cordón de pobreza" del Gran Buenos Aires, en las barriadas sin recursos o en las villas miseria no tan distantes de los chalets ajardinados y pulcros de Castelar o Ituzaingó. Grupos mixtos, del colegio y de la parroquia, habían ido a esas villas, para llevar donaciones o solo para hablar de las necesidades, expectativas y deseos de sus habitantes, sin pedirles a cambio sumisión pastoral.

El *Sacré Coeur*, sin embargo, aun en su versión suburbana y bonaerense, casi siempre había estado y seguía estando gobernado por aristócratas. Desde las Ayerza o las Pereyra Iraola hasta la última rectora, una uruguaya con acento de Pocitos, baja y morocha, que se ganaría por eso (Lulú mediante), el apodo de Poroto Negro. Otros (adultos y sin ningún ánimo jocoso) la acusarían, poco más tarde, de pertenecer a la guerrilla tupamara en el país oriental.

De alguna manera —pensaría Frik— eran empecinadas disidentes de la misma clase que las había forjado con la esperanza de que se convirtieran en damas de sociedad y madres fecundas, perpetuasen sus valores y sus costumbres y disfrutaran sus privilegios. O a lo sumo, para que, detrás de una reja o en la paz de una capilla, les abriesen a fuerza de plegarias un lugar en el Cielo a quienes quedaban del otro lado, en el torbellino de ese mundo que para ellos sería siempre menos áspero. Pero el Señor Jesús, al que veneraban en los altares, vendría a llevárselas con otros propósitos, como un ladrón inoportuno e invulnerable, contra el que no cabían sanciones. Para devolverlas a la agitación y a la desigualdad de la intemperie, para que caminasen sin medias por los inviernos helados de Famatina, o durmiesen en ranchos comidos por la lluvia y partiesen el pan con los miserables. Todas, aun las más encumbradas, aceptarían y buscarían esos destinos

después que el cónclave de los obispos en Medellín declarase la opción por los pobres.

—*Fue a partir de entonces—dijo Lulú.*

—*A partir de entonces, ¿qué?*

—*Cuando empezó la guerra.*

## VI

La inclusión de la obra de Miller en las actividades del año duplicó el programa de Literatura, contra lo que habían esperado las alumnas menos afectas a la materia. No sólo había que ocuparse de los autores argentinos ya establecidos en la currícula por la señorita Elena, desde José Hernández hasta Borges. A ellos se agregaban Miller y su obra prolíjamente desmenuzada.

—Empecemos por el principio. ¿Quién había leído algo de Arthur Miller antes de que propusiéramos este drama para representarlo?

No hubo respuesta.

—Pongámoslo de otro modo. ¿Alguien había oído hablar de Arthur Miller?

Varias manos se levantaron. La señorita Elena señaló a Lulú.

—Vi artículos sobre él y Marilyn Monroe en algunas revistas.

—En casa estuvieron hablando de eso cuando mataron a Kennedy —siguió Frik—.

—Miller estuvo casado con Marilyn Monroe. Pero se habían divorciado antes de que ella muriera. *Todos eran mis hijos* (*All my sons*, en inglés) se estrenó en 1947. Marilyn recién estaba en sus comienzos y ni siquiera se conocían. Esta obra fue el primer éxito realmente importante de Miller, que ganó con ella el Premio Pulitzer y el Premio de la Crítica. Después vendrían otros, como *La muerte de un viajante*, y *Las brujas de Salem*. Pero *Todos eran mis hijos* representó su consolidación como dramaturgo, la entrada por la puerta grande, el aplauso del público y de los especialistas. Todas han leído ya el texto. ¿Por qué les parece que tuvo ese impacto?

—La guerra había terminado hacía poco. Las familias habían tenido que mandar a sus hijos, y algunos también fueron como voluntarios. Muchos murieron pero otros hicieron buenos negocios, incluso a costa de los suyos. La obra tiene que haber resultado muy conmovedora.

—Buen resumen, Andrea. El tema era de por sí atractivo y cercano, desde luego. Yo añadiría algo, que tiene que ver con el arte de Miller y con su concepción de la sociedad norteamericana. Sus escenarios y sus personajes resultan plenamente identificables para los espectadores, como parte de su propio contexto y de sus vidas. Los Keller pueden ser los vecinos de cualquiera. Son los vecinos de al lado, en un barrio tranquilo de los suburbios, como este donde ustedes viven. ¿Por qué es importante esto? Porque Joe Keller, el fabricante que ha sido capaz de mandar una partida

de piezas defectuosas para los aviones, en plena guerra, ya que no hay tiempo de hacer otras, y no quiere perder su lugar en el mercado, no es un conspirador, un espía ni tampoco un monstruo. Es alguien como los otros. Y más aún, ha sido, hasta entonces, un modelo de ciudadano triunfador. Un *self made man*, alguien que se ha hecho a sí mismo con trabajo duro, audacia y algo de suerte. Un modelo al que la sociedad premia cuando las cosas van bien, al que todos quisieran imitar. ¿Por qué eso es precisamente tan terrible?

—Porque entonces no haría falta ser un criminal para cometer un delito así. Otra persona como él, respetada y con éxito, podría hacer lo mismo en una situación parecida.

—¿Y qué nos quiere decir Miller de esta manera? A ver, sí, Silvia.

—Que Keller es culpable, pero que el sistema en el que viven produce personas de esta clase.

—Personas que fallan como las piezas de los aviones.

—Bien observado, Rosa. ¿Y por qué fallan?

—Porque sus valores están equivocados. Porque les importa más el dinero y el poder que su país o sus propios hijos.

—Me gusta eso. Es cierto, está implícito en la obra. Pero Miller, que sabe construir personajes densos, no elimina los sentimientos de Keller. Ni sus conflictos. Keller también quiere realmente a sus hijos. En este sentido, es una víctima. Y para poder tolerar la atrocidad que ha cometido, se refugia tras la idea de que Larry no piloteó ese tipo de aviones, los que usaban las piezas defectuosas, y por lo tanto se saca de encima el peso de su muerte. Al final nos enteraremos de que no importa si Larry iba o no en un avión de esa clase porque él tiene toda la conciencia que a su padre le falta, y prefiere inmolarse en el combate cuando se entera de que Joe y su socio están presos por la cuestión de las piezas. Se sacrifica por solidaridad con sus compañeros y asume el lugar de la culpa que su padre ha negado. Cuando Keller sabe esto, por la carta que guarda la novia de Larry, ya no tiene refugio, no hay más excusas, ni frente a sí mismo ni frente a los suyos. Y también él, entonces, prefiere el suicidio.

Después de la clase, Lulú, Frik, Silvia y Andrea consiguieron permiso para ir a la escuela de enfrente y bajar al salón donde se representaría la obra. Desprendía un olor mezclado de cemento y humedad, como si fuera al mismo tiempo nuevo y viejo. El conserje no les dejó encender todas las luces, por cuestiones de ahorro, y sólo pudieron usar las que daban directamente sobre el escenario. Les pareció un galpón abandonado, al que costaba imaginar lleno de público. Lulú suspiró.

—Por más caverna platónica y sentido teatral que el cura nos quiera meter en la cabeza, esto es un asco. Nuestro salón es mucho mejor. Lo que quiere es llevarse todo el crédito.

—Lo de la caverna platónica lo dijo Pancho Visconti—, objetó Silvia.

—Da igual. Es el alumno favorito del padre Juan. Deben de estar los dos complotados.

—Bueno, dejá de quejarte Lulú. Las cosas ya no se pueden cambiar. Ahora hay que trabajar sobre el terreno.

Silvia no actuaba, pero era la escenógrafa. Midió el escenario a lo ancho y a lo largo.

—Es más o menos como el del Sagrado Corazón. Pero no hay trampa para el apuntador. O ustedes se estudian bien los papeles o ponemos a alguien en uno de los costados, escondido atrás de una maceta con un ficus. Se puede agregar. Total, estamos en un patio.

Sacó un papel.

—Todo lo que figura en la lista se consigue, salvo eso del incinerador de hojas. ¿Quién vio uno por acá? Estos yanquis. Se especializan en inventar pavadas.

—La gente se las compra, por eso hacen plata.

—Así será, Lulú. Para mí, viven malgastando. Bueno. Hay que decidir lo de la ropa. Podemos actualizarla, o elegir una versión de época, tipo años cuarenta.

—Ni hablar. Yo voto por los años cuarenta. Era mucho más elegante. Nos podemos hacer un peinado banana, usar flores en el vestido, traje sastre con solapas, talle de avispa con cinturón ajustado...

—En todo caso eso lo usaría Kate Keller el domingo a la tarde, cuando se arregla para salir. Tu personaje lleva un vestido, Andrea. Además, Ann es mucho más joven que Kate y tendría que parecer algo más informal.

—Pero en la obra dice que el vestido le costó tres semanas de sueldo. Y viene de Nueva York, donde debe de estar lo mejor de la moda.

—¿Y de dónde vas a sacar un modelo así?

—Hay cosas divinas en el ropero de mamá, hasta el traje del casamiento por civil. Papá nunca las tiró ni las regaló. Yo ahora tengo su altura y las mismas medidas.

Andrea era huérfana de madre desde muy chica. Frik había visto alguna vez ese ropero. Hasta el vestido de novia estaba colgado allí, intacto. Acomodados al pie, dentro de una caja para sombreros, dormían el velo, la corona y el soporte del ramo. Silvia no dijo nada. Tampoco ella tenía madre, pero el padre se había vuelto a casar, dando muestras de sentido común —opinaron los demás—. ¿De qué otra manera podría habérselas arreglado un hombre solo con seis hijos? Eran las épocas de la novicia rebelde y el capitán Trapp. Todo —hasta los duelos inconclusos y las familias disfuncionales— parecía fácil y armonioso bajo el sonido de la música.

Frik calló también, cavilosa. Aunque doña Ana estaba viva, no veía cómo solucionar su propio problema de vestuario. Su madre no conservaba ropa de los años cuarenta, y, así lo hubiese hecho, ella, mucho más baja y de caderas menudas, no hubiera podido usarla. Tampoco la ropa de la madre de Andrea (dado el caso de que esta quisiera prestársela) iba a quedarle bien. Se arreglaría con su vestido de verano más ajustado, alargándole unos centímetros al ruedo tal vez con un volado o una puntilla. Un chal negro y una vuelta de perlas de fantasía le otorgarían luego una decorosa seriedad de persona mayor.

Al salir, hacía casi frío. El otoño reclamaba su propio tiempo. Dentro de poco habrían caído las últimas rosas demoradas y en los árboles no quedaría una sola hoja. Estarían esparcidas en la calle y en las veredas, ambarinas y crocantes, con la consistencia y el color de barquillos, listas para crujir bajo los pies. Los jardineros que trabajaban en las quintas, o los mismos dueños de casa, las amontonarían en las esquinas y, sin necesidad de ningún incinerador, les prenderían fuego. Las pequeñas hogueras esparcirían pronto su aroma profundo por todos los recovecos del aire. Ese sería siempre para Frik el olor del hogar ancestral y de un pasado perdido para la memoria humana. En esos momentos era ella y no era ella, no era nadie y lo era todo. Despojada de su pequeña historia, de su nombre propio, atravesada por una rara iluminación crepuscular, salía por un instante de la rueda infinita de las vidas, fuera del tiempo. Se veía vivir, extraña entre extraños, en un mundo incomprendible que solo a los ciegos podía parecerles sin enigmas, normal y rutinario.

